



NUESTROS CONTEMPORÁNEOS

OUR CONTEMPORARIES

José Monleón

Fundación Instituto Internacional del Teatro del Mediterráneo

(josemonleon@iitm.org)



Resumen: El autor defiende la necesidad de, más allá del origen histórico que une a los exiliados españoles, leerlos y entenderlos como personajes concretos, vinculados a una guerra y a un drama social que anda aún en el pensamiento de la sociedad española, no en términos anecdóticos, pero sí lastrando la capacidad para establecer nuestra continuidad histórica y encarar el hoy racionalmente desde ella.

Palabras clave: Identidad, España, II República, Instrucción Pública, Democracia.

Abstract: Beyond the historical origin that connects Spanish exiles, the author defends the necessity of reading and understanding them as particular characters, bounded up with a war and a social drama that linger in the Spanish society's thinking. It must not be achieved in anecdotic terms, but weighting down the ability to establish our historical continuity and to rationally face up to today from it.

Key words: Identity, Spain, Second Republic, State education, Democracy.

Siempre he tenido la impresión de que uno de nuestros grandes problemas ha sido la imposibilidad de asumir de manera vertebrada y con una visión de continuidad nuestra historia colectiva. Durante varios siglos, una determinada minoría, vinculada a unos dogmas, unas instituciones y unos intereses, dirigió el Estado, conquistó y perdió un Imperio, definió una Identidad, formalizó una cultura, y situó en la periferia, atomizándolos, una serie de fenómenos que han sido sustanciales en la vida

popular. De manera que tendríamos un gran hilo conductor, animado por los acontecimientos que conforman la historia oficial del país, retenidos a menudo más como crónica que como experiencia, y, al margen, un conjunto de peticiones, problemas, conflictos y vivencias, de muy distinto carácter, que afectaron profundamente a determinadas partes o sectores sociales, y fueron, de algún modo, percibidos con lejanía por el resto, sin incorporarlos, como hubiera sido necesario, a la estructuración, dinámica y concepción colectiva del país. Por eso el ser español ha sido una identidad clara para quienes han asumido una determinada imagen oficial, sujeta a ciertas variantes dentro de unas constantes —que nos recordaba, por ejemplo el Cardenal Rouco Varela cuando afirmaba que «España será católica o no será», o, en otro orden, José Antonio Primo de Rivera, cuando resumía nuestra función histórica en términos de una «unidad de destino en lo Universal»—, pero necesitada de algunas precisiones cuando era asumida por los hijos de esa otra España marginada, que, lejos de merecer el espacio crítico que le era propio, solía recibir la consideración de anti-España. Y que era, en realidad, una parte fundamental del país, vinculada a una conciencia social y política derivada de la evolución moderna, que chocaba con la estructura estamental e inmovilizada del pasado. Quizá sea un problema de la decadencia de todos los Imperios, tentados siempre de permanecer fieles a la memoria del pasado frente a los problemas y las carencias del presente. No creo, en este sentido, que podamos negar el idealismo melancólico que asalta a menudo al conservadurismo español, y que fue una de las señas de identidad de la literatura fascista. Elemento que, obviamente, ha contribuido a la tendencia a «historizar» el presente, a situarlo dentro de una perspectiva cerrada que limita su poder transformador, su apertura a nuevos caminos, para, simplemente, catalogarlo en función de estimaciones ya establecidas.

Puestos a elegir varios momentos fundamentales de la moderna rebelión social española contra la gravitación inmovilizadora de su crónica oficial, quizá uno de los primeros podría considerarse la Constitución de 1812, en la que se concretan una serie de aspiraciones políticas e incluso una visión nueva de la relación con las colonias americanas. Es obvio que una historia de nuestro país a partir de aquella Constitución habría sido bien distinta de la que sucedió después. La vuelta al Absolutismo, con Fernando VII, y el corolario del «¡Vivan las cadenas» en las calles madrileñas, escenifica una de las grandes operaciones de la España Eterna

para detener una nueva cohesión de la sociedad española. Luego, se sucederán otros momentos de esperanza, ligados a la efímera Primera República, al desarrollo del Movimiento Obrero, o a la irrupción de las Generaciones del 98 y del 27, acompañados de sucesivas represiones y una última Dictadura borbónica, rota por el resquicio de unas elecciones municipales —cuyo alcance sólo cabe explicar por el caudal de las retenciones acumuladas que se aglutinaron en la ocasión— que abrieron las puertas a la II República, probablemente la primera oportunidad en la historia de España para intentar descubrir, movilizar y estructurar nuestra realidad social, para incorporar a la dinámica colectiva los conflictos hasta entonces afrontados desde el poder aisladamente, con el ánimo de un ejército defendiendo su fortaleza.

Es un momento fundamental y difícil, que pone sobre la mesa todos los problemas acumulados durante siglos, todas las represiones y los silencios, la creada condición tribal de una sociedad que no pudo debatir, en paz, con tiempo y con orden, sus discrepancias. Nos queda buena parte de aquella herencia, pese a los treinta años que llevamos de democracia, cada vez que en el parlamento oímos —y ha sucedido hace poco por enésima vez— a un líder presumir de ser ejemplarmente «previsible» y decir siempre lo mismo, de descalificar sistemáticamente a su adversario político, en lugar de confrontar razonablemente sus argumentos. Los republicanos del 31 sabían que el empeño era difícil y Marcelino Domingo habló una y otra vez de la importancia de la Instrucción Pública, multiplicando a su servicio las escuelas y las instituciones culturales y artísticas. Para La España Inmóvil, todo eso era y siempre será basura: Educación para la Ciudadanía, se llame como se llame, en vez de los deberes y las resignaciones de siempre, bajo la tutela de las instituciones de siempre. Suponía el reconocimiento de la España marginal, escuchar las voces de los que nunca participaron en la definición de la identidad y la historia del país. Hacía falta tiempo, desde luego, para ver como se articulaba tanta disidencia hija de la injusticia, de la incomunicación y del silencio. Como era de temer, la España republicana se enfrentó a un censo de problemas que los diversos voluntarismos radicales se apresuraron a resolver sobre el papel y tradujeron a sus correspondientes acciones programáticas. Era lógico, porque, en cierto sentido, era la primera oportunidad. Pero el camino era y debía ser mucho más largo. Porque la II República ofrecía la oportunidad de que se integraran al debate general los excluidos, con sus cuestiones concretas, en un espacio común,

donde el interés público debía privar sobre la resistencia guerrillera de las épocas autocráticas. Surge, en fin, la necesidad de articular un discurso político colectivo, que albergue tanto las disidencias entre los dos grandes bloques que se disputan la dirección de la política nacional, como en el interior de cada uno de ellos, al servicio de esa vertebración última dictada por la necesidad de construir una resultante que corresponda a los intereses del progreso y de la mayoría. La instrucción pública debía, en pocos años, dar al término mayoría un valor que no existe en el simple número de votos, puesto que encerraba la exigencia de crear una sociedad de ciudadanos dotados de un espíritu crítico y una percepción del mundo que los pusiera a salvo de la servidumbre de tantos votantes temerosos o adoctrinados.

Un programa de esas características necesitaba tiempo. Y más en la España de entonces, dominada en buena parte por el caciquismo y por la exclusión cultural de la mayoría popular. Tampoco la información tenía las posibilidades de nuestros días. Y el esfuerzo hubo de ser, necesariamente, intenso y difícil. De una parte, entre las fuerzas aliadas con la República, muchos no entendieron el alcance del proyecto, y se lanzaron a la acción considerando que era llegada la hora de su Partido, su ideología, o su Comunidad, y plantearon mal los conflictos, lógicos, que había suscitado la realidad republicana. De otra, la España Inmóvil volvió a repetir su argumento de siempre. Y desencadenó una Guerra Civil, cuya crueldad debiera avergonzar eternamente —independientemente de su rebelión contra una Constitución legalmente aprobada por los españoles— a cuantos la promovieron, devolviéndonos una vez más al pasado.

Y es aquí donde aparece lo que hoy llamamos exilio republicano, atribuyéndole un origen preciso y situándolo dentro de un camino. En el 39, para la casi totalidad de los españoles, no era ni siquiera exilio, no era nada. Luego, poco a poco, a partir de la existencia de algunos nombres que ya tenían su peso antes del 39, como era el caso de Alberti y Casona, o de otros cuya obra escrita en América fue adquiriendo cierta notoriedad, como Max Aub, se supo algo más, dentro de la lenta recuperación de la España soterrada. Las editoriales mexicanas y argentinas nos ayudaron a ello, contando con la trastienda de algunas librerías españolas. Hasta que, al fin, acabó admitiéndose —y en ello medió el trabajo de un grupo de especialistas y publicaciones españolas— que nuestros exiliados eran una parte de nuestra literatura y de nuestro teatro.

Me pregunto —y de ahí mi modesta intervención en este acto— hasta

que punto las circunstancias comentadas al comienzo no han contribuido a integrar la obra de los exiliados del 39 a la sensibilidad española, desde siempre, como un fenómeno adscrito al «pasado». Hubo una guerra, hubo un exilio y hubo una literatura, y como se nos ha dicho a menudo, cada vez que se ha invocado la necesidad de rescatar la «memoria histórica», era mejor olvidarlo para borrar cualquier sentimiento de revancha. En la zona republicana se cometieron obviamente numerosos crímenes. Nos fueron recordados al término de la Guerra Civil y fueron sin duda reprobables; los cuerpos de las víctimas recibieron sepultura y sus nombres figuraron durante varias décadas en el frontispicio de las iglesias españolas, aparte de ser honrados en diversos monumentos y numerosos actos. Paralelamente, miles de españoles asesinados por los grupos franquistas fueron enterrados en fosas improvisadas, muchas hoy localizadas, de dónde es justo y lógico que sean exhumados los cadáveres para ser enterrados dignamente por sus familias. Asesinatos dictados por la militancia en un partido de izquierdas, por ser maestros de escuela, por la significación de su obra —como fue el caso de García Lorca—, por la ojeriza de un cacique y mil argumentos personales que afectan a miles de personas, absurdamente abandonadas después de 30 años de democracia.

Hay en este dato, incomprensible, una aplicación de ese «borrón» aplicado por la Dictadura en su extraño rescate de una España «pre-republicana», inocente y limpia, que, a mi modo de ver, afecta al exilio y a muchos escritores, obras y episodios de la España de la República. Pienso incluso que muchos de los conflictos que se plantearon en aquellos años difíciles y quedaron sin respuesta, constituyen un patrimonio de la izquierda española, y que el hecho de haberlos olvidado supone una pérdida para esa izquierda, que podría —a la vista de muchos de sus debates de hoy— sacar provechosas consecuencias de lo que pasó entonces y de los errores cometidos, evitando repetirlos.

Yo no sé muy bien si nos hemos recuperado del corte que nos impuso la Dictadura. Un sociólogo ilustre ha explicado que la Unión Soviética se desmoronó desde dentro por las contradicciones entre la información y su cartilla ideológica. Me parece una observación aguda siempre que la amplíemos a otras manifestaciones, pues lo mismo le está ocurriendo a cierta Iglesia tradicional, al capitalismo y a diversas alternativas ideológicas, encerradas en una oratoria simplista, frente a un complejo orden internacional que genera mil doscientos millones de hambrientos, de los

que mueren varios miles diariamente, mientras tiene en cuestión el futuro del planeta y la industria del armamento ocupa uno de sus afanes principales. Ciertamente que la información está consiguiendo que la crueldad y la muerte que causa la «ordenación» del mundo parezcan crímenes accidentales atribuibles a circunstancias insólitas, pero, es obvio que no es así. Que eso es parte de nuestra política contemporánea y que, como decía el sociólogo a propósito de la Unión Soviética, está llamado a destruir todos los catecismos ideológicos que, de un modo o de otro, han crecido o crecen sin contemplar el modo de acabar con ese genocidio y ese despropósito.

Vuelvo a nuestros exiliados. Y definiendo la necesidad de, más allá del origen histórico que los une, leerlos y entenderlos como personajes concretos, vinculados a una guerra y a un drama social que anda aún en el pensamiento de la sociedad española, no en términos anecdóticos, pero sí lastrando nuestra capacidad para establecer nuestra continuidad histórica y encarar el hoy racionalmente desde ella. No para mirar atrás y caer en el encantamiento, sino todo lo contrario, para compartir la dificultad que muchos de esos escritores, nuestros escritores, tuvieron para ser parte del discurso social español —al punto que tuvieron que exiliarse— y asumir su visión de España, de esa España que a mí me enseñó Max Aub, que no era la de este o la de aquel republicano, sino la de la República, la del progreso —término en desuso— colectivo, que nos han roto y nos siguen rompiendo los nuevos líderes tribales, en tantas cosas más viejos y más antiguos que nuestros mejores exiliados, tan dolorosamente heridos por la incapacidad nacional de conciliar la libertad con la discrepancia en la búsqueda del bien común. Por la pérdida de toda noción, como dijo Pericles, hace ya veinticinco siglos, de la «cosa pública», la perla escondida de la democracia.